

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA OTRA ALTERNATIVA

LA tentación de usar el petróleo como arma política ha sido demasiado fuerte para que los países árabes y asimilados resistieran a ella: favorecía la impresión de poder— consuelo de muy varios resentimientos históricos—, permitía ejercer presión política eficaz, finalmente satisfacía la codicia y lograr un súbito enriquecimiento, lo que podríamos llamar el premio gordo de la gran lotería geológica.

Y pongo la codicia en tercer lugar porque no creo que los estímulos económicos sean los primarios ni decisivos; más bien, cuando el «economismo» es vigente, se buscan razones económicas para justificar decisiones que nacen en estratos mucho más profundos. Se finge que «conviene» lo que se quiere hacer por otros motivos.

He hablado de tentación porque no ha faltado, claro es, un tentador, que es quien está verdaderamente interesado en la operación en curso desde hace año y medio. Los resultados previsibles y probables han sido muy bien descritos por José M. de Areiza en LA VANGUARDIA, en su excelente artículo «La crisis». Se está intentando —se está consiguiendo— la anulación de la prosperidad económica del mundo occidental, conseguida especialmente desde 1945, la que llevó a la eliminación de la pobreza como condición humana en una gran parte del mundo y estableció la posibilidad real de que esto se extendiera al resto antes de que termine el siglo.

Si los países industrializados y plenamente activos entran en crisis económica, se producirá sin duda una crisis de descontento, de consecuencias morales, sociales, políticas; estos países absorberán gran parte de la fuerza laboral de los países europeos menos desarrollados, y así se establecía cierto equilibrio; en el momento en que esto no sea posible, el paro aparecerá en estos últimos, y acaso también en los primeros. Las perspectivas de un sistema de sociedades libres, democráticas y prósperas quedarán gravemente comprometidas. Los países resueltamente pobres, de Asia y de África, los menos afortunados de América, perderán toda esperanza de salir de su penosa situación. De esto se trata, y no es fácil exagerar el alcance que todo ello tiene.

EL SPUTNIK DE LA ENERGIA

Pero hay otra alternativa, en la que no se piensa demasiado, porque requiere alguna imaginación. El 4 de octubre de 1957, la Unión Soviética puso en órbita el primer Sputnik, hazaña científica y técnica que suscitó enorme y justa admiración. Sólo el 31 de enero de 1958 lanzaron los Estados Unidos el Explorer, diminuto satélite artificial que inició tímidamente y con retraso la exploración americana del espacio. El verano de 1969 vimos los primeros pasos titubeantes de Armstrong y Aldrin en la Luna.

No cabe duda de que el Sputnik fue sentido como un reto por la ciencia, la técnica, la economía, la administración de los Estados Unidos; en suma, por la sociedad americana. Desde entonces, los esfuerzos del país se orientaron hacia la investigación espacial. Los resultados están a la vista.

Una actitud semejante se puede producir otra vez. Yo diría que hay todavía mayores probabilidades, porque este nuevo desafío es mucho más apremiante y grave. Además, mientras el logro ruso era perfectamente legítimo —y era un «logro»—, y no envolvía maldad alguna, nada semejante podría decirse de la situación presente. Los estímulos son, por tanto, máximos. Es de esperar que los Estados Unidos se concentren en la investigación, explotación y administración de todas las fuentes disponibles de energía, invirtiendo en ello los recursos intelectuales, técnicos y económicos más avanzados de nuestro tiempo.

¿Cuál puede ser el resultado? Las posibilidades son muchas: explotación de los yacimientos de petróleo hasta el límite de las posibilidades, incluyendo los que hasta ahora eran escasamente rentables y, por supuesto, los de Alaska; utilización del gas natural; aprovechamiento de la energía solar; intensificación de la producción de electricidad, de origen térmico o hidráulico. Pero, sobre todo, la gran posibilidad es la energía nuclear.

Desde hace treinta años está ahí. Lo único necesario será cambiar la significación de ese «ahí»; es decir, conseguir la disponibilidad fácil y segura de esa nueva forma de energía. No es fácil ni está al alcance de la mano. Costará seguramente algunos años, un esfuerzo científico y técnico intensísimo, gas-

tos enormes. Pero parece evidente que lo más está logrado hace mucho tiempo y sólo falta lo menos. Ha faltado hasta ahora la justificación —incluso económica— de la inversión requerida para la utilización regular de la energía atómica. Ahora va a haberla.

Si nos preguntamos sinceramente qué hemos pensado hasta hace poco de ir a la Luna, reconoceremos que nuestro estado de ánimo era aproximadamente el siguiente: «en principio» es posible ir a la Luna; no es difícil imaginarlo; se sabe además cómo habría que hacerlo; pero no se realizará. La perfección de los instrumentos, la fabulosa potencia necesaria, el riesgo humano, todo eso hacía inverosímil una empresa ciertamente «posible». Se puede ir a la Luna, pero no lo veremos —esto es lo que se pensaba—. Pues bien, ya lo hemos visto. Y no a costa de decenas de fracasos, de cientos de víctimas sacrificadas, sino a la primera, sin muertes, con perfección absoluta, de acuerdo con un plan previamente anunciado, y por si fuera poco, «viéndolo» el planeta entero con sus ojos (o al menos aquellos países a los que sus gobernantes les han permitido verlo). A los doce años del primer Sputnik, la Luna inaccesible, el absoluto «allá», se había convertido en un «aquí» para algunos hombres.

No creo que hagan falta doce años para que la energía sobre; para que pasemos a otro grado de magnitud, al lado del cual la abundancia de nuestro tiempo parecerá penuria. Quizá no hagan falta tantos años, pero sí unos cuantos; tal vez demasiados para que no se produzca en el mundo un deterioro irreparable. Es como si a quien se está ahogando se le promete, para dentro de unos minutos, todo el oxígeno que pueda respirar. Depende de cuántos minutos.

Supongamos que el aire respirable llegue a tiempo —quiero decir antes de la asfixia o la explosión—. Supongamos que se consiga el acceso real a las nuevas fuentes de energía antes de que se destruya el Occidente. ¿Cuál sería la situación del mundo en esta otra alternativa?

Julián MARIAS

TIRIOS Y TROYANOS

DE vez en cuando, desde luego, el tema ha sido objeto de comentarios sagaces. Pero, en general, un público sñenolo, un silencio casi cómplice, se cierra sobre la cuestión. Pienso en la permanente maniobra «contra la inteligencia», por decirlo de algún modo: en el hecho histórico archinrepetido de los vetos y las coersiones que sufre, a lo largo de los siglos, el trabajo del intelectual. No será necesario, creo, recordar ejemplos: podríamos ponerlos de todos los tiempos y de cualquier latitud, bajo los regímenes políticos más diversos y con las justificaciones más opuestas. El ahogo ha sido constante, en un grado mayor o menor, y no parece que la cosa vaya por caminos de corregirse. Acerca de eso, naturalmente, estamos al cabo de la calle. Lo que quiero subrayar es que, muy a menudo, la maniobra represiva queda planeada y aplicada por gentes cuya condición profesional se integra en los habituales escalafones del gremio. En la práctica, el primer enemigo del «intelectual» es otro intelectual. Y eso es lo que, de alguna manera, tiende a ocultarse. Hay algo así como una solidaridad de «casta», que facilita el disimulo y, más que nada, el olvido rápido de las anécdotas escandalosas. La verdad es que, en una medida alarmante, la operación de frenar, tachar, amordazar y sancionar, tan amarga, suele proceder del «colega». Conviene denunciarlo.

Resulta cómodo echarle el muerto al «analfabeto». Aquel dirigente nazi que exclamaba: «Cuando oigo hablar de cultura, saco enseguida el revolver», puede servir de referencia. Otras referencias más próximas se podrían argüir. Sus protagonistas, en definitiva, son individuos intensos, de extracción primaria y bronca, para quienes la «cultura» sería, por definición, una actividad, si no intrínsecamente subversiva, por

EL INTELECTUAL Y SU ODIO

lo menos importuna y chinchorrera. Lo cual, en consecuencia, haría explicable la resolución drástica... No negaré que el impulso instigador, en tal o cual momento, no provenga de estos orígenes «legos», pretorianos o no. Me temo que, en no pocas ocasiones, la iniciativa haya emanado de los asesores «intelectuales» del personaje del revólver. Algún día, los eruditos lograrán poner en claro estos episodios siniestros, y de algunos, relativamente lejanos en la cronología, ya disponemos de datos suficientes. Ciertas estrategias anticulturales de todos conocidos, nazis o no, dirigidas a acoger cualquier veleidad independiente de creación o de crítica, no son concebibles sino con la ayuda eficaz de los propios «intelectuales». Y su realización, en todo caso, siempre ha contado con colaboradores precisamente «expertos» porque pertenecen a la familia.

Siempre ha sido así. La demagogia liberal, incurriendo en un tremendo pecado de tontería, difundió el cliché del «inquisidor» fanático e ignorante, degollador de libertades y de ideas. Dejemos a un lado el problema —vidrioso— del «fanatismo»: el «hereje», en un alto porcentaje de casos, era tan «fanático» como su juez, y erigido en juez, no se habría comportado de modo diferente. Entre las hogueras de Calvino y las de Torquemada —para seguir con el tópico— el parentesco salta a la vista. Pero ¿«ignorantes»? No eran ignorantes, nada ignorantes, aquellos señores, de un bando o de otro: eran unos teólogos eminentes, «cultísimos», o, echando por bajo, bastante cultos, lo suficientemente cultos para saber a qué atenerse. Sospecho que, haciendo un recuento de las «censuras» ejercidas en la Europa moderna, las estadísticas revelarían que han sido abrumadoramente practicadas por doctores, poetas, catedráticos, «y demás

ralea». En un instante de emergencia, la «censura» se puede encargar a un subalterno: a un ciego, incluso. Y digo «ciego» en sentido metafórico. Lo normal es que se le encomiende a un «enterado»: o sea, a un «colega». «Et pour cause!» El «colega» no se chupa el dedo, y cumple el oficio como nadie. No hay peor cuña que la de la misma madera, dicen. Pues eso...

Y se comprende. El «césar» de turno, ni sus adláteres, no están al tanto de las sinuosidades de la cultura, y, para controlarlas, han de servir de alguien que las conozca: un «intelectual». Y ese intelectual no falla, no ha fallado nunca: no les ha fallado. Siempre, por esos mundos de Dios, se encuentra un filósofo, un vate, un profesor, que, por convicción o por dinero, o por la cucaña política, se presta a ser el «inquisidor» puntual. Que lo hagan por el miedo todavía admite indulgencia. La «sociedad» —todas las «sociedades» hasta ahora en funciones— es una institución «cínica», en el mal sentido de la palabra, y es lógico que dé de sí lo que todos vemos. Lo peor es el intelectual que se entrega a la maquinación con la mejor buena fe. No hay motivos para suponer que la «buena fe» predomine, pero los hay para reconocerla. Y eso es lo importante. Es importante comprobar cómo hay intelectuales que se prestan y dedican a fastidiar al «otro» intelectual. La conclusión inmediata es que la llamada «clase intelectual» se reduce a un grotesco y conflagratorio espectáculo sadomasoquista, capaz de hacer reír a las piedras. Personalmente, nada me resulta tan penoso como que me llamen «intelectual», si, a la vez, llaman «intelectual» a Fulano y a Mengano y a Zutano. En este país, últimamente, hemos sufrido un apabullante predominio administrativo de catedráticos: nunca han mandado tanto los catedráticos de Universidad como desde hace

cuatro o cinco lustros. Y así nos luce el pelo. Uno añora a Cánovas, a Sagasta, a Romanones, a Maura, que eran sencillísimos abogados...

Sea como fuere, nunca estará de sobra alertarse ante el embrollo de la «cultura». Los chavales de las aulas, quizá sin comprenderlo, lo han intuido, y de ahí sus desplantes y sus respingos. El desdén juvenil por la plantilla académica no ha de ser considerado como un problema «generacional» ni «político». Es eso, y mucho más. Es eso, y una enorme y justa desconfianza respecto al tinglado «cultural», «culturalista» o «culturaloide». Cuando unos «intelectuales» procuran sofocar a otros «intelectuales», ¿qué será ser «intelectual»? La perplejidad, o el asco, se impone. En la Edad Media, según cuentan, había una definición plausible para el caso: el «odium theologikum». Pero entonces sólo eran niñas, meras escaramuzas, entre frailes. Lo de hoy es una angustiosa proacididad: entre tirtios y troyanos. Con unos tirtios que no toleran a los troyanos, o viceversa, y todos ellos creyéndose «intelectuales», tuteándose y traicionando considerándose «unos». El catedrático-sicario es una figura imponente en la historia de la cultura. Ya aparece en la Grecia de los filósofos —cuando todavía no había cátedras...—. Y, a otros niveles, se reproduce la misma composición de antagonismos: siempre un «intelectual» contra otros «intelectuales», y desde la apariencia de que todo es uno y lo mismo. Algo falla en el mecanicismo. Y ese fallo obliga a reconocer que la noción de «intelectual», mientras las cosas vayan como van, es una ridícula engañifa. Como lo digo, la bestia es que, por obvios «respetos humanos» —y judiciales—, sea dificultoso citar nombres y apellidos...

Joan FUSTER

¡EN 3 DIAS!
instalamos a medida
CORTINAS y VISILLOS
Tergal y Crilenka
AL PRECIO DE COMPRA POR METRO
PIDA PRESUPUESTO SIN COMPROMISO - Teléfono 224 61 29

SOLER
ARCAS
SINONIMO DE SEGURIDAD



Arcas para caudales con secreto de pulsador incorporado.
Instalaciones completas para bancos y grandes entidades.

ARCAS Y BASCULAS SOLER, S.A.
Rambla Cataluña, 10 - Tels. 302 26 40 - 302 29 99
Barcelona (7)

Aldesa, 3 - Tels. 242 24 03 - 241 02 97
Barcelona (15)

Sistemas de Seguridad
Instalaciones de Alarma
Cristales especiales anti-balas

CAJAS DE SEGURIDAD DE REDUCIDO TAMAÑO Y FACIL INSTALACION



mini safe

Conde Borrell, 318, entlo., 4.ª
Barcelona (15)
Tels. 250-60-37 y 250-62-43

PIDA INFORMACION SIN COMPROMISO ...
NOMBRE ...
DIRECCION ...

Inglés en Inglaterra

Anglo-Continental Educational Group le ofrece 10 excelentes escuelas de idiomas — diferentes en tipo de cursos, duración de cursos y precio — en Londres y en la región de Bournemouth. Documentación sin compromiso para Interschool Information Service, St. B. Towner, Calle Girona 174, snt. 1.ª, Barcelona 9. Teléfono 257 39 45 (20.00-22.00 h.)

Nombre _____
Calle _____ Domicilio _____
EE10A

VISITE LA
EXPOSICION PERMANENTE
DEL
Centro Informativo de la
Automatización Industrial



AVANGUARDIA 178 100
de la calle de Lavapiés

El mercado de los electrodomésticos

	PRECIO VENTA	PRECIO OFERTA
NEVERAS ELECTRICAS	11.500 ptas.	5.975 ptas.
TELEVISORES 20"	21.000 "	14.250 "
TELEVISORES PORTATILES	14.950 "	9.975 "
LAVADORAS AUTOMATICAS	16.000 "	9.975 "
ALTA FIDELIDAD	14.950 "	9.950 "
LAVAVAJILLAS	26.000 "	13.500 "
COCINAS	5.500 "	3.975 "
PLACAS SOLARES	3.975 "	2.495 "

VENDEMOS MAS BARATO QUE NADIE — PLAZOS 300 PTAS. M'S

J. PONS LLOBET - P. de Glacia, 48 - Tel. 216-03-9